

I

Las fechas de la historia que comienza no es necesario concretarlas (excepto la primera, por motivos que más adelante se verán), ni perderse en detalles de lo que pudo suceder día a día en la vida del protagonista. El Sr. Martín nunca, como se suele decir, disfrutó de la fama, si es que de tal cosa se puede disfrutar, por tanto, mucho de lo que pudo ocurrirle a lo largo de su no muy larga vida está destinado a perecer progresivamente en el olvido, como ocurre con lo sucedido en tantas otras vidas. Concluyendo, no pretende ser esta verdadera historia una biografía exhaustiva. Lo dicho no quita para que algunos episodios de la existencia del Sr. Martín sean sintetizados en unas páginas, porque merecen esa síntesis a mi juicio.

He llegado a la conclusión de que el sujeto referido fue sentenciado por la Providencia (o por el azar, eso que lo decida el lector) con un destino que me parece interesante que otros conozcan, por razones varias, que cada cual encontrará a su debido tiempo; es cosa de leer y de perseverar en la lectura. El conocimiento que tengo de ese destino (y, llegados aquí, me permitirán que me presente: soy el narrador, cuyo papel se explicará en su momento), se debe a una coincidencia y a una amistad: la coincidencia se produjo en un negocio de su propiedad que no se cerró después de su muerte, que sigue existiendo, y en el que un servidor

solía hacer la compra las escasas veces en que no podía hacerla su esposa, mi querida Lía; la amistad se refiere a la de un conocido mío con el difunto. La coincidencia despertó mi interés por el Sr. Martín y la amistad me proporcionó unos datos sobre él, que me ocupé de aumentar por medio de unas y otras fuentes, a veces buscadas y otras veces encontradas sin buscarlas. Tampoco hay que descartar en la construcción de la verdadera historia que comienza mi propia capacidad creativa, o mi imaginación, quién sabe, a la que encargué que dejase anudadas todas las piezas de lo que parecía un tapiz deshilachado por el tiempo.

Juan Bautista Martín subió por enésima vez la persiana tirando de la cuerda, abrió la ventana y estiró el cuello lo que pudo hacia el exterior, miró hacia abajo, hasta ver la cornisa del bar de don Facundo, del que emanaban efluvios grasientos y olor a fritanga, y finalmente miró a un lado y a otro de la calle estrecha en que se encontraba el piso. Sobre los platos de la mesa del comedor ya olían los restos de la comida que su madre, Mariana de nombre, había preparado con dedicación aquella mañana. Juan Bautista cerró por fin, lenta, pausadamente, la ventana. Se volvió, y su imagen quedó reflejada en el espejo de la cómoda enorme que no faltaba por entonces en ninguna casa de clase media baja, que servía de cajón de sastre a todos los habitantes de la vivienda, y que junto a un piano de pared de segunda mano, ocupaba casi medio comedor: allí, en la gastada superficie de plata, aparecía un joven rubio de ojos verdes, alta estatura en comparación con los jóvenes de su edad, y bajo la camisa y el pantalón, algo entallados, se adivinaba un cuerpo bien formado y musculoso regalado al mundo, pero no por la genética, algo así como un ser creado pero no engendrado por unos progenitores que poco debían a la naturaleza, como una

especie de premio de lotería con forma humana entregado a una pareja cualquiera. Pero aún valía más lo que el espejo de la cómoda no reflejaba, la absoluta concordancia entre la forma (que se veía) y el fondo (que se verá) de aquella reproducción de adán.

La mañana de aquel día 18 de julio de 1960 había comenzado de forma algo extraña: temprano sonó el timbre de la puerta y cuando Mariana la abrió se encontró con un cartero bien uniformado, detalle en el que paró porque el de todos los días llevaba un uniforme que pedía a gritos un buen lavado, tanto como pedía la gorra reglamentaria una buena sacudida para que volase la caspa acumulada (con la grasilla de la cenefa interior, en tal cantidad que con ella podría freírse un huevo, había que cohabitar, porque con el paso del tiempo había culminado su proceso de aleación con la tela). En fin, aquel cartero tan pinturero y distinto del habitual, al que llamaremos el cartero del 18 de julio de 1960, porque ningún otro día, salvo el señalado, volvió a darse tal aparición, al menos en el domicilio de los Martín, llegaba muy dispuesto él a entregar un sobre nada común a nombre de Juan Bautista. Mientras entregaba el sobre, a Mariana se le ocurrió que era un día raro para repartir cartas, ¿acaso no se celebraba por Correos el 18 de julio?, y también le vino a la cabeza que el tan atildado y misterioso funcionario tenía que haberse cruzado con su marido en el portal, porque él tampoco se disponía a celebrar la susodicha fies-tecita y, según le dijo —porque todo se lo decía el bueno de Pepe—, iba a aprovechar para acercarse con la Mobyette a Or-casitas para hablar con un par de proveedores de su tienda de ul-tramarinos y luego se pasaría por ella para dejar no sé qué papeles, antes de volver a casa para comer. El caso era que Pepe tenía en propiedad, y su trabajo le costó hacerse con ella, una tienda de ul-

tramarinos, un negocio local del barrio de las calles Valverde y Barco, y de las Correderas, y de la calle Colón y de la muy conocida por motivos varios de La Ballesta, y otras tantas del lado oscuro de la Gran Vía madrileña, su barrio, el barrio que él surtía de comestibles de fácil conservación y en el que vivía.

Para acabar situando al lector, informemos que el día de julio recordado amaneció radiante, como tantas otras veces, con aval del parte meteorológico, que, por cierto, pocos solían consultar y no sin motivo: por aquel entonces el parte era poco más que el resultado, a la par, de un proceso adivinatorio y de una lógica aplastante: ¿no hace en julio calor en Madrid?, ¿no es un mes seco? Aparentemente, pues, nada hacía sospechar que, hacia la hora de comer, las nubes se iban a convertir en una sola plancha gris que derramaría finalmente sobre la capital una granizada copiosa, constante, y muy corta, tanto que ni siquiera los datos del clima de la época dejan constancia de ella, pero de la que sin embargo guardan memoria los más viejos del lugar, según ha podido constatar este veraz cronista, un delirio de bolas de hielo que, al rebotar sobre la acera, acabaría con el escaso confort proporcionado por los zapatos de ajada y negra piel de los peatones más desinformados, que a esa hora del almuerzo andarían por las calles camino de sus casas.

Precisamente tras la granizada, cerca de la casa de Juan Bautista, se oyó un bullicio que el viento contribuía a difundir, porque, aunque aquel año la parada militar correspondiente al Alzamiento se celebraba (por decir algo) en Barcelona, en Madrid se habían programado algunos actos de homenaje al hecho consumado que se tuvieron que suspender a causa del calor y la granizada, y por

la ciudad transitaban los restos de las tropas que hubieran tenido que participar en paradas, exhibiciones y revistas, a las que seguían otras de añosos, sudorosos y empapados falangistas, los pocos que quedaban tras dos purgas: la de ideas operada por el Régimen y la operada por años de modorra política; siguiendo a las tropas desarmadas por los elementos, chiquillos harapientos alborotaban, saltaban, y cantaban himnos militares. Algún soldado se había desmayado por el bochorno y se recuperaba a golpe del abanico de alguna anciana, no sabemos si caritativa o entrometida, quede la aclaración a los expertos en historia contemporánea, tumbado sobre un banco de granito bastante manchado por las defecaciones de las palomas, mientras un cabo nervioso y cubierto con un paraguas ya innecesario, que, agotado su esencial cometido durante la granizada, hacía veces de sombrilla, daba vueltas alrededor del banco y miraba con rabia cómo se alejaba su compañía.

—¿Cuándo llegará...? —comentó Juan Bautista.

—Me dijo que vendría a comer, no creo que tarde —respondía su madre, desde la cocina, tan próxima al comedor, tan próxima a todas las habitaciones del reducido piso.

—Pues me parece que va con retraso.

—Se iba a Orcasitas a ver a proveedores... Además, el tráfico estará como estará, por culpa de la granizada que acaba de caer —dijo ella, atribuyéndole a tal fenómeno atmosférico una cualidad impropia, pero que descargaba a su marido de la responsabilidad de la tardanza.